

## CONSIDERACIONES SOBRE LA VISITA DE ADENAUER AL JAPON

El 25 de marzo llegaba a Tokio el canciller de la República Federal alemana, Konrad Adenauer. El canciller, que es el primer jefe del Gobierno alemán que visita oficialmente el Japón, fué objeto de una clamorosa bienvenida popular. Su colega nipón, Nobosuke Kishi, pronunció unas palabras de salutación en japonés y el canciller leyó una declaración en alemán, diciendo que «los pueblos de Alemania y el Japón están unidos por una tradicional amistad. Los dos han sufrido duros golpes del destino y los dos han tenido que trabajar intensamente para, con la ayuda de los países amigos, reconstruir sus destruídos países. Ambas naciones consideran que el mantenimiento de la paz mundial y la defensa de la libertad son los más altos fines políticos».

Con el contacto personal directo de Adenauer y Kishi se simboliza el reencuentro de los dos países ex-aliados durante la II guerra mundial, y que en ella habían sufrido los golpes más rudos. La Alemania occidental había visto terminar el conflicto bélico sumida en la mayor destrucción jamás conocida, pero, en el curso de pocos años, esa tenacidad y esfuerzo que ahora evocaba Adenauer la había situado entre los países más prósperos del Occidente. Otro tanto había sucedido en le Imperio del Sol Naciente donde se había repetido el mismo fenómeno. Hace sólo doce años que el Japón estaba postrado después de una derrota desastrosa, con sus ciudades en ruinas, sus factorías desmanteladas, su capital devanecido y la mitad del territorio fuera de su ámbito. Todavía en 1954 se estaba practicando la deflacción después de la temporal expansión producida por la guerra de Corea. Tatasaki, el entonces ministro de Planificación Económica, escribió que en 1953 el mundo comparaba la economía japonesa a un hombre patinando sobre una delgada capa de hielo. Pero el hielo no se quebró y de ello ha surgido la prodigiosa recuperación económica del país, sólo comparable, precisamente, a la de la Alemania occidental.

Tomando como base el año 1936, el índice de producción anual es de 326. La producción de acero, para citar un ejemplo básico, que había alcanzado siete millones y medio de toneladas en el punto culminante de la producción bélica, ha sobrepasado los 14 millones de toneladas. En 1955 se tardaba la mitad del tiempo en construir un buque en los astilleros nipones que en los británicos.

Y si en Alemania y en el Japón se ha dado, simultáneamente, esa coincidencia de postración postbélica y ulterior expansión económica, también se ha producido una manera coincidente de interpretar los objetivos políticos al fundamentar la acción interior y la proyección de sus políticas internacionales en el anticomunismo más vigoroso y decidido. Por esto se comprende que el tema del comunismo haya sido factor predominante en las conversaciones que el canciller ha mantenido en el Japón. El día 27 el ministro encargado de Información, Felix von Eckardt, declaró en una conferencia de prensa que Adenauer y Kishi, en su entrevista del día anterior, habían intercambiado puntos de vista sobre cuestiones internacionales y que llegaron a un completo acuerdo en lo que se refiere al comunismo y a las políticas y tácticas que la Unión Soviética está adoptando actualmente. Posteriormente, en el discurso que el canciller pronunciaba en una sesión conjunta de la Dieta, puntualizaba que la Alemania occidental y el Japón deben mantenerse unidas en la lucha contra el comunismo.

No obstante, no conviene pasar por alto una circunstancia que denota la reiterativa coincidencia con que ambos países han enfocado su política exterior. Si es cierta y patente esa rotunda posición anticomunista germano-nipona también cabe apreciar que en el terreno económico y comercial ambos países han venido demostrando una notoria flexibilidad en sus relaciones con los países comunistas. Es de resaltar que en la espinosa crisis de septiembre de 1958, acerca del Estrecho de Formosa, la actitud del Gobierno alemán fué de prudente espera. Alemania tiene considerables intereses económicos y comerciales en la China continental que no desea poner en peligro.

Idéntica actitud viene demostrando el Japón desde hace muchos años, motivada por la circunstancia de que el comercio nipón con la China comunista continúa en creciente expansión, aunque representa sólo una fracción del comercio exterior japonés. En mayo de 1955 se firmó en Tokio un acuerdo comercial entre delegaciones de ambos países, pero debido a que la mayoría de las mercancías de la lista exportadora japonesa están su-

jetas a embargo es difícil que adquiriera el volumen estipulado en el acuerdo. El Japón considera que la China continental puede llegar a ser el país que absorba los más nutridos contingentes de su exportación. No obstante ese punto de vista, expresado con machacona insistencia en múltiples ocasiones, tal vez la importancia que el Japón concede al mercado chino no sea un exacto reflejo de la realidad y peca de exageración. La China no parece particularmente interesada en incrementar su comercio con el Japón en las mercancías y condiciones aceptables para el exportador nipón. El carbón chino que ha sido enviado al Japón, por ejemplo, ha sido más caro y de inferior calidad que el americano. Al propio tiempo, China exporta con ánimo de mostrar su progreso industrial y adquirir prestigio político, aparatos eléctricos a determinados países de sudeste asiático, como Indonesia y otros mercados que los japoneses consideran como propios.

Se comprende, por lo tanto, que las restricciones impuestas a un pleno comercio con la China popular fomenten unos sentimientos de desagrado en amplios círculos nipones, comparable al que se ha producido en muchos países occidentales. La insistencia americana en mantener el embargo de mercancías destinadas a la China continental ha provocado siempre el disgusto de los países interesados en comerciar allí, principalmente Inglaterra<sup>1</sup>, Francia, Alemania Occidental y Bélgica. Pero si para tales países el mercado chino es una posible fuente de ganancias, para el Japón la importancia es mucho mayor, porque es el mercado natural en que colocar su gran producción de maquinaria que ha de luchar con gran competencia en los países altamente industrializados.

Esa necesidad vital que para el Japón representa el comercio exterior, principalmente asiático, es el que motiva toda actitud de recelo ante las tensiones occidentales con China comunista. El 1 de septiembre de 1958 el ministro de Asuntos Exteriores, Fujiyama, comentando la tensión política en el Extremo Oriente, criticó la política de Estados Unidos, en relación con la República Popular china, diciendo que «no siempre ha tenido éxito». En vísperas de su viaje a Washington, para entrevistarse con Foster Dulles, declaró en conferencia de prensa que «expresaría francamente su punto de vista en torno a este problema» a su llegada a la capital ameri-

---

\* «La actitud americana hacia China tiene una pasión y una volubilidad que ha demostrado en muchas ocasiones sobrepasar lo razonable. Precisamente como en este país Egipto y el Canal de Suez excitan los más profundos sentimientos de algunos, así China mueve los de muchos americanos; un grupo Suez es sobrepasado por un China lobby» (The Times, Londres, 20 diciembre 1956).

cana. Pocos días antes, le 29 de agosto, Fujiyama había declarado en la Dieta que el Japón se esforzaría por disuadir a los Estados Unidos de que afectasen a la defensa de Formosa una parte de las fuerzas estacionadas en el Japón, pues tal medida podría generalizar una tensión hasta entonces localizada. Manteniendo esa postura, el 13 de septiembre, el mismo ministro declaraba a la prensa que el Japón no se uniría a los Estados Unidos si éstos entrasen en guerra con la China comunista a causa de las islas costeras, y el 17 de septiembre declaró, en su discurso ante la Asamblea General de las Naciones Unidas, que el Japón no puede perdonar el empleo de la fuerza para resolver la crisis de Formosa.

El motivo comercial para el Japón es fundamental. Durante la guerra de Corea las industrias japonesas estaban en seria ventaja sobre sus competidoras. Pero pasado el efímero auge de la guerra, la secuela de inflación que provocó colocó muchas mercancías japonesas, incluso las textiles, fuera de los mercados internacionales. Para recuperarlos fué preciso ofrecerlas a precios más bajos que las originarias de cada país, gravando el desnivel sobre el consumidor nipón. Las condiciones imperantes le impulsaron a gestionar tarifas con los Estados miembros del G. A. T. T., persuadiendo a algunos países, como Inglaterra, que se oponían a su admisión, a reconsiderar su actitud. Las negociaciones concluyeron en julio de 1955 entre Japón y 17 de los 34 miembros del G. A. T. T., y el resultado fué un incremento de las exportaciones, particularmente a los Estados Unidos. Hoy en día, ante el grandioso progreso de la producción industrial nipona, no bastan los mercados actuales para absorberla. Es imperativo abrir nuevos horizontes. Así se comprende el largo viaje iniciado el 11 de julio del pasado año por el primer ministro Kishi a través de once países, singularmente de la América del Sur, que se considera como zona donde pueden incrementarse las salidas de mercancías niponas.

Resaltamos esta faceta del problema comercial porque estimamos que constituye uno de los factores determinantes de algunas actitudes de la política exterior nipona. El deseo de no intervenir en los conflictos que últimamente se han planteado en el Extremo Oriente reposa, en buena parte, en el designio de no perjudicar su penetración comercial. Y ese deseo se ha hecho público en reiteradas ocasiones. Así, por ejemplo, el pasado 7 de septiembre cuando Fujiyama declaraba que el Japón no enviaría fuerzas armadas a Laos aun en el caso de que las Naciones Unidas crearan una fuerza de emergencia para sofocar la rebelión en aquel país.

El otro factor que promueve la adopción de estas actitudes es la ne-

cesidad de mostrar ostensibles criterios de independencia ante la opinión pública nipona que, en buen número, no ve con agrado la adscripción del Japón a la política seguida por los Estados Unidos. En los últimos años, la caída de Yoshida fué debida principalmente a la creciente insistencia nipona de que el país debe mostrarse independiente a las influencias extranjeras y volver a sus tradicionales puntos de vista. Yoshida consideraba que la amistad con los Estados Unidos debía ser la base de la política exterior nipona. Pero la opinión pública de su país, cada vez más alarmada por el riesgo de verse envuelta en un conflicto que expusiera al Japón a los efectos de la bomba de hidrógeno y profundamente afectada en la expansión de su comercio, se volvió resueltamente contra él.

Presionado por estas circunstancias, el sucesor de Yoshida, Hatoyama, decidió en 1955 abrir negociaciones con Rusia para la reanudación de relaciones normales entre ambos países. Esto representaba un éxito preliminar para el largo y sostenido esfuerzo soviético (recuérdese el inesperado mensaje de año nuevo de Stalin de felicitación al pueblo japonés, no a su Gobierno), basado en que podría llegar a quebrantar la estrecha amistad entre los Estados Unidos y el Japón. Aunque el motivo invocado por el entonces ministro de Asuntos Exteriores Shigemitsu, era el lograr la repatriación de los japoneses que permanecían en la Unión Soviética y pese a que las negociaciones se condujeron con notable prudencia, manteniendo a Washington meticulosamente informado del curso de las mismas, lo cierto es que representaba un importante cambio en el punto de vista imperante en la política exterior nipona. En diciembre de 1956, Hatoyama veía por fin su acuerdo con Rusia ratificado por ambas Cámaras del Parlamento e intercambiando con Moscú los instrumentos de ratificación. Habiendo así dado término a la forma, ya que no a toda la sustancia de sus pretensiones, Hatoyama anunciaba su retirada de la Jefatura del Gobierno. Con su gestión había abierto las puertas de las Naciones Unidas al Japón.

Según la interpretación del Gabinete Hatoyama, el Japón deseaba tres cosas: mayor independencia de la influencia americana, una posición «neutral» que la asegurara no ser una víctima en una futura guerra nuclear y mayores oportunidades comerciales que podrían conseguirse con la restauración de relaciones normales con el bloque comunista.

Esa preocupación por evitar peligrosos compromisos militares con los Estados Unidos no puede por menos que reconocerse que se halla ampliamente arraigada en un gran núcleo de la población nipona. Y esta postura

neutralista cobró súbitamente mayores vuelos cuando el 22 de abril de 1957, Mao Tse-Tung—en el curso de una entrevista concedida a una delegación del partido socialista japonés que visitaba Pekín—ofreció al Japón la posibilidad de establecer un pacto mutuo de no agresión en el caso de que el Gobierno nipón se independizara totalmente de los Estados Unidos y prometió que, en el caso de llevarse a cabo el Tratado, China renunciaría a su alianza con Rusia contra el Japón.

La subida al poder de Kishi fué señalada por el triunfo que, en esa línea constituía el resultado de las conversaciones mantenidas en su viaje a los Estados Unidos, que puntualizaba un comunicado conjunto de finales de junio de 1957, por el que los Estados Unidos se comprometían a reducir sustancialmente los efectivos de sus fuerzas de seguridad estacionadas en el Japón, incluyendo una próxima retirada de todos los grandes grupos de fuerzas de combate. Si en el aspecto político logró tan señalado éxito, no lo fué tanto en el aspecto comercial, porque el presidente Eisenhower, si bien reconociendo que el Japón tenía necesidad de exportar para subsistir, recalcó «la necesidad de continuar el control en la exportación de materiales estratégicos para aquellos países que amenazan a los países libres con la extensión del comunismo internacional».

El posterior y decisivo paso de Kishi, consistente en la firma del Tratado de Seguridad con los Estados Unidos no dejó de producir una ola de descontento en el país. El 21 de noviembre se formaron nutridas manifestaciones ante el Parlamento, protestando contra la firma de dicho Tratado. Toda acción que implique al país en la posibilidad de mezclarse en un futuro conflicto es impopular en el Japón. Por esto Kishi no desperdicia oportunidad de recalcar su deseo de abolición de las armas nucleares. Las últimas protestas contra las pruebas atómicas francesas en el Sahara responden a esa postura, y también los párrafos del comunicado oficial de la visita de Adenauer donde se afirma la opinión de que «las disputas internacionales deben resolverse únicamente mediante negociaciones», poniendo de relieve que la cuestión del desarme y la prohibición de pruebas nucleares son los asuntos más importantes a plantear en la próxima conferencia en la cumbre entre los jefes de Gobierno de Oriente y Occidente.

Como resultado de su viaje, Adenauer ha obtenido de Tokio el reconocimiento de que «es imprescindible la unificación de Alemania y el mantenimiento de la libertad de Berlín, basado en el derecho de autodeterminación, de acuerdo con la Carta de al O. N. U.». En el comunicado final se puntualiza que la unificación germana y el mantenimiento de la libertad

## CONSIDERACIONES SOBRE LA VISITA DE ADENAUER AL JAPÓN

de los berlineses constituye hoy día la cuestión más importante de Europa. Adenauer ha logrado así un apoyo moral valioso a su problema más acuciante. Simultáneamente el Japón ha hallado satisfacción a sus aspiraciones cuando, el 26 de marzo, el canciller alemán aseguraba al jefe del Gobierno nipón que estaba dispuesto a ayudar para que sean suprimidas las barreras contra las exportaciones japonesas a los países del Mercado Común.

Resumidos los aspectos más salientes de la visita del canciller alemán sólo cabe reiterar la cordialidad que ha presidido estas conversaciones. Adenauer ha sido el segundo estadista extranjero a quien se concede el honor de hablar ante la sesión conjunta de la Dieta. Anteriormente lo había hecho el presidente de Filipinas, Carlos P. García, cuando visitó oficialmente el Japón en 1958.

JULIO COLA ALBERICH.

